

EL DESEO

(Del lat. *desidium*).

1. m. Movimiento afectivo hacia algo que se apetece. / 2. m. Acción y efecto de desear. / 3. m. Objeto de deseo. / 4. m. Impulso, excitación venérea.
Fotografías de JEANLOUP SIEFF

RUBÉN ABELLA *Escritor.*

Puede que el deseo nos venga de fábrica, como el disco duro de un ordenador, y que la vida no sea otra cosa que el tiempo que nos han concedido para satisfacerlo. Pero no lo sé, la verdad, para qué voy a engañarles.

No guardo memoria de la primera vez que anhelé la posesión o el disfrute de algo. Lo más probable es que ocurriera antes de nacer, en las mullidas entrañas de mi madre. A falta de ese primer recuerdo, permítanme que les cuente una cosa que me sucedió después, cuando tenía seis años. Era una tarde de diciembre y mi madre y yo volvíamos a casa después de hacer unas compras navideñas. Turrón, si no recuerdo mal, y una caja de frutas escarchadas. Hacía mucho frío. Un frío seco, picante, que convertía en vaho el aliento. De pronto, mientras caminábamos, me llamó la atención el escaparate de una tienda de muebles. Todo estaba envuelto en espumillón de colores y, en el centro, iluminado por varios focos, había un mono de juguete colgado de un trapecio. Llevaba puesto un traje de Papá Noel y daba vueltas agarrado a la barra. Me solté de la mano de mi madre y corrí a verlo de cerca. Pegué la cara al cristal y lo miré con fascinación. Vi cómo daba una vuelta, dos, tres... Entonces mi madre me cogió otra vez de la mano –“No es momento de pararse, con este frío”, dijo–, y me llevó medio a rastras a casa. Por el camino protesté con vehemencia. Insistí en que quería volver a la tienda de muebles. Pero no sirvió de nada. Seguí porfiando en casa, hasta que mi madre perdió la paciencia y me envió a mi cuarto. Pasé lo que quedaba de tarde tumbado en la cama, contrariado, sin poder quitarme de la cabeza aquel mono trapecista. Anhelaba estar de nuevo frente a él, admirando sus giros incesantes. Hipnóticos.

Mis quejas no habían surtido efecto, eso estaba claro, así que decidí cambiar de táctica. Durante la cena me comporté con una manse-

dumbre impecable. Al acabar, ayudé a recoger la mesa y a meter los platos en el lavavajillas. Antes de sentarse con mi padre a ver la televisión –como hacían cada noche–, mi madre me sonrió con dulzura y me dio un beso en la frente. “Y ahora a la cama, que ya es tarde”, me dijo. Esperé unos minutos en mi cuarto. Luego, sin hacer ruido, me puse la trenca y salí a la calle. Mi primer acto de rebeldía, cómo olvidarlo. Estaba tan exaltado que no sentía el frío. Corrí con todas mis fuerzas por las aceras desiertas y me detuve resollando ante el escaparate. Allí seguía el mono trapecista. Girando. Girando. Girando. Lo observé con ansia, con una avidez multiplicada por las horas de espera. Ajeno a la noche, al aire gélido, a las calles vacías, me sumí en el asombro de aquella acrobacia constante.

Pero, como ya habrán imaginado, el asombro duró poco. Al cabo de quince minutos me invadió una extraña sensación de vacío. De pronto perdí el interés. Dejó de atraerme aquel juguete mecánico. Me aburrí. Al apartarme del cristal me di cuenta de que no tenía llaves de casa. Pensé en la regañina que me esperaba. En el inevitable castigo. Una vez consumado el anhelo, se instaló en mí la zozobra. Tardé años en entender que eso era el deseo.

Según Spinoza, el deseo es la esencia del hombre. Para bien o para mal, vivimos abrazados a él. Nadie es inmune a su influjo. Ni siquiera Bartleby, el inolvidable personaje de Herman Melville: en su imperturbable defensa de la pasividad, en su letanía –“Preferiría no hacerlo”– se esconde una pasión sin límites. Tampoco se salvan los monjes budistas, cuya voluntad de no desear nada es, en sí misma, un deseo. Puede que en la actualidad nuestras aspiraciones no sean tan sublimes como en épocas pasadas. Ya no quedan Faustos que vendan su alma al Diablo para alcanzar un grado más alto de conocimiento. Atrás



quedó el Hombre Moderno, que deseaba con grandeza, desmesuradamente. Hoy, en la era de Narciso, nos conformamos con deseos más humildes, pero no por ello menos tenaces. Deseamos ser más guapos. Deseamos poseer cosas. Deseamos que nos quieran. Deseamos que no pase el tiempo. Deseamos a nuestras parejas y, a veces, a las parejas de los otros. Y, sobre todo, deseamos ser felices, un deseo nimio si se compara con firmar un pacto con Mefistófeles.

Decía George Bernard Shaw que en la vida hay dos tragedias. Una es no conseguir lo que deseas. La otra, hacerlo. Esa es la insoluble contradicción del deseo. El deseo nos subyuga y nos libera. Nos lustra y nos enloda. Nos hunde y nos empuja hacia delante. Saca lo mejor y lo peor que llevamos dentro. El deseo, creo yo, nos hace humanos.

Rubén Abella acaba de publicar la novela 'Baruc en el río' (Destino) y combina la escritura con la fotografía y con sus clases en la Escuela de Escritores.

JEAN CLAUDE ELLENA *Perfumista de la casa Hermès.*

*"El hombre no puede disfrutar de lo que sabe
mientras no puede compartirlo con alguien"*
(Giacomo Casanova)

Desde que hago perfumes, he aprendido e inventado aproximaciones olfativas como si fueran las primeras frases, las primeras notas de música, las primeras imágenes que trabajamos intensamente para despertar el deseo del lector, del oyente, del espectador con el fin de que le apetezca ir un poco más allá. Así es como compongo mis perfumes, y es así es como he creado la colección de perfumes-jardín, que nacen de mis cuadernos de viaje.

El primero fue *Jardín en Méditerranée*. Había sido invitado a conocer el jardín de Leila Menchari, la directora de decoración de Hermès, y leyenda viva de la casa, en Túnez. Llegué sin ninguna idea del perfume que iba a hacer. Mis noches eran sofocantes. Dormía poco, aunque el jardín me soplab a la nariz los olores de los naranjos, de los laureles rosa, de lirios de mar. Sentía estos olores como trampas olfativas. No podían ser el perfume del Mediterráneo. La idea nació de un gesto que una joven hizo arrancando una hoja de higuera. La estrujó, se la llevó a su nariz y tuvo una hermosa sonrisa que capté para crear este perfume.

El segundo viaje me llevó a Asuán, a la orilla del Nilo. El tema del año de la casa Hermès era el río. Llevaba los bocetos de un perfume que estaba creando y me gustaba mucho, y una frase que memoricé y me rondaba por la cabeza desde que leí *El Gatopardo*, de G. T. Lampedusa: "Quien vive cerca del Nilo niega los paraguas pero desconfía de los cocodrilos". Me gustaba esta frase que nos invitaba a cambiar nuestro punto de vista. Después de una etapa en el Cairo, llegué a Asuán. La luz era viva, el aire ardiente, el viento seco, pero no había olores, salvo los del alquitrán y el queroseno.

En busca del menor indicio de olor, para confirmar lo que pacientemente había elaborado, no miraba nada. La belleza del Nilo me era ausente. Me sentía secuestrado por mi creación, preso de mis certezas, y de los "a priori" que había puesto en el frasco. Me faltaban dos días para resignarme a decir adiós a mis trabajos, para que mis sentidos se descubrieran. Pero paseando a lo largo de una avenida de mangos nació la idea del jardín sobre el Nilo.

Por elección, soy un viajero inmóvil. Mis viajes son interiores. Ir al descubrimiento de un nuevo país, en busca de un nuevo jardín, es para mí una prueba. Para abrirme el apetito, miro mapas, leo libros, pero entiéndame: cuando se es perfumista no podemos sólo ver mapas, guías. Mis instrumentos de medida son mis sentidos y, como son engañosos, también me gusta llevarlos a mi terreno. Así es como, para el tema de la India, opté por irme a Kerala, un paraíso en la tierra, donde pensaba encontrar mi fuente de inspi-

FOTO PERTENECIENTE AL LIBRO LES INDISCRÉTÉS. EDITADO POR STEIDL (STEIDLVILLE.COM).





Alfred Hitchcock, fotografiado por Jeanloup Sieff en 1962 en Hollywood para *Harper's Bazaar*.

ración. Era mayo. Descubrí un gran jardín bajo el monzón. A veces la lluvia se hace discreta. Este gran jardín retoma su respiración, la hierba se agita, las hojas se vuelven más verdes, los árboles se incorporan, las corolas de flores se despliegan. Acerco tímidamente mi nariz para no precipitar nada. El olor renace vivo, frío, chispeante, mojado. Así fue el *Jardin après la Mousson* [jardín después del monzón] que puse en frasco.

¿Había viajado demasiado? Pero este año, decidí quedarme en París y hacer aflorar un jardín secreto, un jardín en el tejado del 24 Faubourg Saint Honoré, de la casa Hermès. Este jardín se llama *Jardin sur le Toit*.

Pero no concibo el deseo si no es compartido y no veo cómo podría ser de otro modo, sino como un deseo egoísta que tan sólo vivirá un instante.

ÁLEX GONZÁLEZ *Actor.*

*“Eres lo que es el profundo deseo que te impulsa.
Según sean tus deseos será tu voluntad.
Según sea tu voluntad así serán tus actos.
Según sean tus actos así será tu destino”*
(Deepak Chopra)

Hace diez años mi amiga Melania me regaló un libro: *Las siete leyes espirituales del éxito*, de Deepak Chopra. La frase que encabeza esto se me quedó grabada entonces, pero ahora tiene mucho más sentido para mí.

Cuando era pequeño vi *Un tranvía llamado deseo*. Entonces ni siquiera quería ser actor. O sí lo sabía, pero no sabía que se llamaba ser actor. Pero con 20 años volví a ver la edición especial de la película con el cásting de Marlon Brando y recuerdo que sentí un deseo muy grande de estar ahí. El mismo Brando era en sí un objeto de deseo.

Pero yo crecí en una familia humilde, y me he criado en la calle, con una vida muy anárquica, sin horarios. Entonces no deseaba ser actor, porque me parecía tan lejano que era demasiado atrevido siquiera pensar en ello. A veces creces pensando que tienes lo que te mereces, o que hay que conformarse. Es un pensamiento que nos han inculcado desde generaciones. Nuestras raíces condicionan nuestros deseos. Pero a veces el deseo gana y se convierte en un impulso. ¿Cuántas veces no nos hemos permitido desear algo?

El deseo es la reivindicación más profunda de uno mismo. Dicen que el dinero y el sexo mueven el mundo, pero creo que lo que lo mueve es el deseo. Probablemente hasta sea el origen del universo. Me gusta creer que el *big bang* se produjo sólo por el simple deseo de explotar de una molécula. Y que la vida nace por el deseo de un espermatozoide de ganar a otros en la carrera por fecundar un óvulo. También hay plantas que regamos y cuidamos y acaban muriéndose, y sin embargo, una hojita verde en un túnel oscuro en la M30 lucha por abrirse paso entre muros de hormigón.

El deseo también cuesta y, muchas veces, seguirlo implica romper con otras cosas, con personas, amistades, amores. Oscar Wilde decía: “Cuidado con lo que desees, que tal vez lo consigas”... ¿Hay que tener cuidado? No, no lo creo. Si no lo persigues, es porque no lo desees. El deseo no miente. Aunque es cierto que, en ocasiones, uno lamenta haber deseado algo. Hay actores que reconocer haber deseado la fama y el éxito, y luego acaban detestándolas.

El precio del deseo lo pone uno mismo. Un hombre le dice a otro: “Miro a otras mujeres, pero soy fiel”. Tal vez lo que pasa es que se obliga a ser fiel... aunque reprima un deseo. Todos en algún momento, en una relación, hemos sentido el deseo de estar con otra persona, pero no lo hemos hecho porque nos ha frenado otro instinto, el de la conservación.

Uno se reprime porque no quiere tirar por la borda años, familia, costumbres, o simplemente porque la amas. Pero el deseo es otra cosa.

Si deseas algo con fuerza y profundamente, la vida te lo va a dar. Yo he cumplido muchos sueños, pero hay uno que no. De pequeño quería ser músico y tocar la batería. Mi madre es cantante, y la música ha estado siempre en mi vida. Deseaba hacer ruido, tocar, aunque fuera el cajón del detergente, creo que era lo que más quería en el mundo, más que ser actor. Pero probablemente un día pensé que me resultaría más fácil ser actor que músico. Luego, al cabo de los años, me compré una batería electrónica. Uno a veces tiene deseos que se materializan en otra cosa, como comprar una batería, pero el deseo no es comprarla sino soñar con tocar en Wembley.

En una fiesta de cumpleaños, cuando te sacan la tarta y te dicen que pidas un deseo, cierras los ojos un instante, y piensas en algo que te gustaría. Parece una tontería, pero es más importante de lo que parece... Si a lo largo de nuestra vida nos detuviéramos, no un segundo, sino una hora para escuchar nuestros deseos, tal vez seríamos más felices. Por eso creo que tenemos la obligación, al menos, de luchar con ellos.

Alex González está aprendiendo a tocar la batería y acaba de empezar a rodar la película ‘Alacrán enamorado’, de Santiago Zannou.

JOSEP ROCA *Enólogo de El Celler de Can Roca.*

Deseo tener un clos en la Borgoña; donde el azar y la incomodidad de la meteorología se tradujeran en una certeza líquida de rojo cereza. Deseo una parcela de muros calizos y portal imponente de nombre eterno: el clos del sentir. Un espacio donde las uvas apiñadas de mi pinot noir me dieran una lección cada día. Aprendería de ellas, de la disposición de matices, de la estrategia del juego ante el cambio climático. Me involucraría en acompañar a esas uvas hacia un vino de interés, con gran sentimiento por la planta, evitando prácticas homogéneas. Recogería la sabiduría oriental para tratar a mi viñedo como un jardín. Exploraría cada cepa de mi clos, les hablaría a ellas, uvas de tesoro escondido para entender cada matiz, y así, pincelada a pincelada, encontrar en el vino el paisaje soñado, como un deseo de puerta aferrada: El clos del sentir.

RAMÓN REBOIRAS *Poeta.*

*Rímel**

Por aquel tiempo nunca te quitabas las gafas negras.
Tuviste alguna vez, decías, un desprendimiento de retina.
Las luces de neón te recargaban
con la energía fosforescente de las luciérnagas.
Habías llegado a un acuerdo con tu propia sombra:
caminaba contigo por su propia acera.
Tus ojos bebían el rímel de los clubs
en aquella ciudad donde nunca amanecía.
Fuimos amantes hasta caer en la cuenta
de que la mañana siguiente
siempre tenía la pecosa piel del pergamino
y que nuestro amor
nunca sería una canción de Bowie,
ni un crimen a sangre fría.

**Del libro de poemas aún inédito ‘Valmont en Compostela’.*